

«Poveretti di noi. Quando ci rivedremmo?»

«Es la magua, niña, es la magua» —le repetía la majorera desde el cazolón de papas.

«No puedo detenerme demasiado. El barco zarpa dentro de dos horas».

Y venía la folía y tapaba la cara de aquel hombre. ¿Cómo sería el hombre de Australia? María del Pino preguntaba a todas las cosas de aquel cuarto por la cara de aquel hombre; palpaba el jarrón, corría la mano por las teclas sin herirlas. ¿Era alto, tenía el pelo gris?

La majorera andaba algo achacosa. Pasaba, renqueando, un paño sobre el polvo de los muebles.

—¡Ay, Santa Ana!

El jarrón estaba en el suelo esparcido, roto y María del Pino sentía vagamente cómo algo destrozado se reconstruía en ella. Era como un mosaico de muchos pedacitos de colores que se iban reuniendo hasta formar una escena incomprensible. Como de vírgenes y santos en las estampas de los libros.

—¡Ay, Santa Ana! Bien empiezo el día de su santo, Pinito. Porque hoy es su día, niña. Esta tarde la llevará Don Rafael a Teror, a la finca, para que le rece a Nuestra Señora, la Virgen del Pino.

Daban las doce en la catedral cercana. Pinito se había detenido muchas veces a esta hora para oír las campanas en la plaza del Ayuntamiento. El canto de las campanas sonaba en las gargantas de los perros de bronce que lloraban con un lamento de elegía su pasado, cuando a la isla aún no habían llegado los hombres. Con la última campanada, sonaron unos golpes a la puerta. María del Pino cruzó el comedor familiar y alzó el picaporte.

—¿Don Rafael Algorta?

Era aquel hombre de muchos años atrás; ahora le reconocía, pero no estaba el jarrón japonés ni el piano que Matilde hizo astillas. No estaba ni siquiera ella. María del Pino tampoco estaba. Y en el comedor no había entrado nadie. No había entrado nada.

—Pase usted.

—Mire, señorita. Le dejo los documentos de la finca de Teror. Es ya propiedad de ustedes. Estos son los títulos. Todo quedó liquidado. No puedo detener-

me demasiado. El barco zarpa dentro de dos horas.

«El barco zarpa dentro de dos horas». Del corazón de María del Pino no desatracaba ningún barco.

—Salúdele en mi nombre.

—Así lo haré. Vaya con Dios.

Por la tarde llegaron a Teror Don Rafael y su hija. Teror, una isla en la isla, rodeado de tabaibas y cardones, con su fuente mágica de agua mineral y, en el centro de la plaza, el pino grande de la aparición y el santuario de la Patrona de Gran Canaria.

Pinito entró de puntillas en la iglesia. Era una sala impresionante aquella de los exvotos. Por las paredes, brazos, piernas, cabezas. Aquel lugar parecía una sala de tortura y era un templo de la fe. Los enfermos habían decorado las paredes con miembros de madera y la imagen aparecía rodeada por aquellos trofeos sin sangre. La muchacha llevó la mano a la cera caliente de un cirio y movía los dedos a prisa amasando una forma extraña. Pinito se encuentra diferente. Mueve los dedos. Está amasando un diminuto corazón de sebo que pone a los pies de la Virgen del Pino. Un corazón nuevo. Pinito tenía un corazón nuevo.

Cuando bajó a Las Palmas se fué como antaño al Muelle Grande y empezó a comprender la alegría de los cambuyoneros. Estaba en alza el mercado aunque anunciásemos la marcha las sirenas:

—Three pounds!

—Four pounds!

—Five pounds!

Y los emigrantes partían contentos, con una luz de confianza en la frente y en la boca:

—Addio. Ci rivedremmo.

Y un día entre los días de la isla, la boca sibilina de la majorera sonaba en los oídos, aprendices de María del Pino:

—Fué la «magua», mi niña. Mas nada. El sentimiento de la isla. Todos los barcos llegan. Con todos nos queremos marchar. La soledad, «la magua», niña. Pero luego, al atardecer, ya no se está más atada. La isla es una alegre hostería y todos ríen y la cerveza corre mientras se cambian los tiros de caballos. Era la «magua», niña. Mas nada.

NOTAS DE NUESTRA ASOCIACION

En la sesión de apertura de curso de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, pronunció un documentado discurso que tuvo por tema Tópicos sobre Toledo, nuestro asociado D. Guillermo Téllez González.

D. Angel Moreno Diaz ha sido nombrado Gran Oficial de El Kawkab, concedido el título en bellos caracteres árabes por el Gobierno del Reino Hachemita, de Jordania. Ya estaba en posesión de la Ordes de la Estrella del

Jordán, otorgada por el anterior Rey de Jordania.

En carta privada de Dario Fernández Flórez sobre un artículo de Francisco Zarco Moreno, se nos dice... «He leído con verdadero interés ese cierto, pero penetrante y agudo ensayo que dedica a mi novela en las páginas de AYER Y HOY, esa valiente y meritoria revista toledana; y quiero escribirle para que sepa que dejando incluso a un lado su generosa voluntad, pocas veces se ha interpretado mi obra tan

desde dentro como tan desde ella misma y desde su autor...»

También D.^a Rosario Benavente, hija del famoso dramaturgo español, nos escribe con admiración para el último trabajo del núm. 48 de AYER Y HOY, del Sr. Zarco Moreno, diciendo que todos los personajes que cita están de acuerdo con la más absoluta realidad; el ambiente es el mismo que vivió el genial dramaturgo y que el artículo referido es de los mejores que se han escrito sobre el autor de «La Malquerida» y sobre sus protagonistas.